



# CAPÍTULO 11

## Quevedo en Jigüe

Por todos los caminos de la Sierra

# LA VICTORIA ESTRATÉGICA

*Fidel Castro Ruz*

# 11

## Quevedo en Jigüe

| JUNIO 1958 |     |     |     |     |     |     |
|------------|-----|-----|-----|-----|-----|-----|
| DOM        | LUN | MAR | MIE | JUE | VIE | SAB |
| 1          | 2   | 3   | 4   | 5   | 6   | 7   |
| 8          | 9   | 10  | 11  | 12  | 13  | 14  |
| 15         | 16  | 17  | 18  | 19  | 20  | 21  |
| 22         | 23  | 24  | 25  | 26  | 27  | 28  |
| 29         | 30  | --  | --  | --  | --  | --  |

| JULIO 1958 |     |     |     |     |     |     |
|------------|-----|-----|-----|-----|-----|-----|
| DOM        | LUN | MAR | MIE | JUE | VIE | SAB |
| --         | --  | 1   | 2   | 3   | 4   | 5   |
| 6          | 7   | 8   | 9   | 10  | 11  | 12  |
| 13         | 14  | 15  | 16  | 17  | 18  | 19  |
| 20         | 21  | 22  | 23  | 24  | 25  | 26  |
| 27         | 28  | 29  | 30  | 31  | --  | --  |

En contra de lo que cabía prever razonablemente, las dos compañías del Batallón 18 enemigo, llegadas en la tarde del jueves 26 de junio a Jigüe, no prosiguieron de inmediato su penetración río arriba, sino que se dedicaron a establecer campamento en ese lugar y fortificar sus posiciones. Esa misma noche fueron tiroteados por los hombres de Raúl Podio y Fernando Chávez. El primero, como se recordará, cuidaba el firme de Cahuara, encima de la posición enemiga; y el segundo asumía el mando del personal rebelde en el río La Plata desde la noche anterior, en sustitución de Pedro Miret y René Rodríguez.

La llegada de esta tropa a Jigüe y su establecimiento en ese lugar nos permitía preparar las condiciones para

ejecutar el plan que ya habíamos empezado a elaborar. De lo que se trataba era de encerrar a la fuerza enemiga en un cerco del que no pudiera escapar, mantenerla inmovilizada hasta lograr su rendición, detener y, si fuese posible, destruir los refuerzos que se enviasen en su auxilio. Para ello, el teatro de operaciones en Jigüe y en el curso inferior del río La Plata reunía condiciones topográficas ideales. El campamento enemigo, metido en el centro del sector meridional del territorio controlado por nosotros, estaba rodeado por todas partes de firmes y altos que podían ser ocupados con facilidad, por nuestro personal, y desde los cuales podía mantenerse, con una cantidad relativamente pequeña de combatientes, la presión, el bloqueo de suministros y el hostigamiento necesarios para sostener un cerco efectivo. La única vía que tendría el enemigo para reforzar a la tropa sitiada era la del río, por el camino que subía desde la playa, y a lo largo del cual existían decenas de lugares en los que se podían crear emboscadas eficaces contra cualquier refuerzo.

En este caso funcionaba nuestro conocimiento íntimo del terreno, una de las prioridades del guerrillero y una de las cuestiones a las que prestamos mayor atención desde el inicio de la lucha en la Sierra Maestra. Ese conocimiento era lo que nos había dado pie para concebir el plan de acción, y era, además, lo que nos permitía llegar a la convicción de que el lugar que más se prestaba para el combate contra los refuerzos, por sus características

topográficas y por su distancia relativa, tanto de la costa como de la tropa que sería sitiada, era Purialón.

El 28 de junio, apenas día y medio después de la llegada del Batallón 18 a Jigüe, orienté a Paz las primeras órdenes preparatorias del cerco y del establecimiento de la línea defensiva contra los eventuales refuerzos (documento p. 453). En cuanto a lo primero, reforcé la posición de Podio en el alto de Cahuara con la escuadra de Ramón Fiallo, que antes cubría algunos de los puntos de la costa al oeste del río La Plata, y envié desde Mompié una pequeña escuadra de reserva, al mando de Arturo Pérez, a copar el sendero que ascendía de frente desde Jigüe al alto llamado de El Pino y a la zona de Mayajigüe. En cuanto a lo segundo, le pedí a Paz que mandara un explorador a verificar si no habían quedado guardias en Purialón. Yo contaba con la inminente llegada de Camilo y su personal a La Plata para enviarlo a esa posición crucial, mientras que los combatientes de Paz serían los que se encargarían del cerco a la fuerza enemiga principal.

En esa fecha, mi atención estaba centrada en la preparación del golpe a la tropa estacionada en Santo Domingo. Pero, incluso, esta planificación tenía que tomar en consideración la posibilidad de que, al iniciarse el combate en Santo Domingo en la forma prevista —al día siguiente—, la fuerza enemiga acampada en Jigüe recibiera la orden de avanzar hacia el alto de La Plata para ir en auxilio de sus compañeros, atacados del otro lado

del firme de la Maestra. Así se lo hice saber a Paz para que estuviera preparado, ya que esa podía ser su oportunidad de dar el buen golpe que esperábamos con tanta ansiedad.

Sin embargo, durante todo el desarrollo de la primera Batalla de Santo Domingo, entre los días 28 y 30 de junio, el Batallón 18 no se movió de su campamento de Jigüe. Según testimonio posterior del comandante Quevedo, la primera acción concreta de su personal fue la exploración realizada río arriba por la Compañía 103, una de las dos integrantes de la fuerza acampada, que no arrojó resultado alguno. Todo indica que esta incursión no se alejó mucho de Jigüe, pues ni siquiera se acercó a las posiciones de Paz en El Naranjal, a menos de cuatro kilómetros del campamento de Quevedo.

El 2 de julio, el jefe del Batallón 18 envió dos pelotones de su fuerza en misión de abastecimiento a la playa. Esta hubiese sido una buena oportunidad para golpear al enemigo, pero todavía no contábamos con el personal suficiente para cerrar el cerco.

Otras dos ocasiones se presentaron al día siguiente, la primera, por la mañana cuando regresaron a Jigüe los dos pelotones custodiados por otros dos de la Compañía G-4, que integraba el Batallón 18, y que, como se recordará, había permanecido en la desembocadura de La Plata; y la segunda, por la tarde, cuando esta última fuerza volvió a su base en la playa.

Al fin, el enemigo se movió el sábado 5 de julio. Esa mañana salieron del campamento de Jigüe cuatro pelotones y

parte de las armas de apoyo del Batallón 18 —una bazuca y un mortero de 60 milímetros— en dirección a las cabezadas del río La Plata, a lo largo de su curso superior. Como era de esperar, poco después chocaron con la emboscada de Paz en El Naranjal.

El combate comenzó exactamente a las 10:20 de la mañana. Desde el día anterior yo me había movido a la zona de Meriño para organizar el cerco que planeaba tender a la fuerza enemiga llegada el día 3 a ese lugar. Allí me llegó un primer aviso de Camilo desde La Plata informándome que escuchaba un fuerte tiroteo en dirección a la playa, confirmado pocos minutos después por un recado similar del Che desde Mompí. No fue sino hasta las 2:00 de la tarde cuando Camilo me comunicó haber recibido un primer mensaje de Paz en el que informaba que los guardias avanzaron en dos direcciones sobre su posición, y que había tenido que abrirles fuego antes de que llegaran a las minas colocadas en el camino.

En realidad, ya a esa hora Paz había rechazado el avance de los guardias después de un intenso combate de más de tres horas de duración. Los pocos más de 30 combatientes rebeldes, parapetados en buenas trincheras, decididos a resistir y actuando con inteligencia, fueron capaces de frustrar el empuje de más de 150 soldados enemigos, apoyados por un mortero, provistos de parque abundante y bajo el mando de un jefe habilidoso. Junto a los hombres de Paz combatieron en la decisiva

acción de El Naranjal las escuadras de Hugo del Río, Joel Pardo, Fernando Chávez y Vivino Teruel, así como el personal de la ametralladora 50 operada por Fidel Vargas.

La importancia del Combate de El Naranjal no estuvo dada por la cantidad de material ocupado o las bajas sufridas por el enemigo. En cuanto a lo primero, solamente pudo ocuparse un fusil Springfield, varios cientos de tiros y algunas granadas de fusil. Las bajas enemigas reconocidas ascendieron a ocho heridos, aunque Paz afirmó en sus partes haber dado muerte a no menos de cuatro soldados. Radio Rebelde informó después cinco guardias muertos. Sin embargo, el hecho tenía la enorme significación de haber liquidado de manera definitiva la amenaza planteada por la tropa enemiga en su avance desde el Sur. No solo se impidió al enemigo alcanzar su objetivo y se le rechazó de regreso a su campamento base, sino que se le propinó un golpe psicológico demoledor, como lo demostraron los acontecimientos posteriores. Vale la pena citar aquí la valoración realizada por el propio jefe del Batallón 18, el comandante José Quevedo:

[...] el saldo más doloroso para nuestros hombres era moral: se notaba la decepción en todos y cada uno de ellos.

Sin comentarios sabíamos, que no era tanto por el fracaso, sino por el abandono constante de que se veían objeto por parte del puesto de

mando y del alto mando militar. Sabían que para la operación habíamos pedido apoyo aéreo y no se nos había brindado; sabían de los compañeros heridos, de que habíamos solicitado un helicóptero para evacuarlos y no se nos había enviado; sabían por los comentarios de sus compañeros, que los jefes de Bayamo hablaban de que los prisioneros estaban mal custodiados, y más aún de que estaban de acuerdo con los custodios, al extremo de que dichos jefes hablaban de que no se explicaban cómo era posible que hasta el momento no los habíamos rescatado, y que al salir a cumplir una misión tan “sencilla” se encontrarán ante un enemigo poderoso, que contaba con abundantes armas automáticas, inclusive hasta con ametralladoras calibre 50.

Está claro que en este análisis omitió una consideración fundamental: no se trataba tanto de una pretendida superioridad rebelde en armas y parque —que nunca existió— ni del supuesto abandono del que fueron objeto los guardias por parte de los altos mandos de la tiranía —que sí existió en alguna medida—, sino de la evidente calidad moral del guerrillero en relación con la pobre moral combativa del guardia, por un lado y, por otro, del buen conocimiento y adecuado aprovechamiento del terreno por nuestros hombres, lo cual les confería una ventaja adicional de mucha importancia.

El propio Quevedo reconoció que entre los factores que lo hicieron retirarse de nuevo hacia Jigüe figuró la consideración de que los rebeldes desarrollaban el combate en el terreno escogido por ellos y en posiciones “inexpugnables”. Según el jefe del Batallón 18, otros elementos tomados en cuenta fueron la necesidad de evacuar sus heridos y el peligro de que su retaguardia se viera envuelta por las fuerzas rebeldes.

Esta última mención es interesante, pues era precisamente lo que yo hubiese dispuesto si en ese momento contáramos con los hombres suficientes para hacerlo.

Se recordará que desde el 26 de junio, cuando Fernando Chávez recibió la misión de preparar la defensa rebelde en el río más abajo de Jigüe, y retirarse si tuviese que hacerlo hacia el alto de Cahuara, ya estaba concebida por nosotros la variante de atacar con esa fuerza al enemigo por la retaguardia, en caso de que los guardias llegados a Jigüe prosiguieran su avance y chocaran con la emboscada de El Naranjal. Pero después fue necesario llevar a Chávez a ese punto para reforzar las posiciones de Paz, y quedaron en el alto de Cahuara solo las escuadras de Podio y Fiallo. Por otro lado, la maniobra era casi imposible desde el momento en que el enemigo dejó parte de su fuerza en Jigüe, cuidando, precisamente, su propia retaguardia.

Al día siguiente del Combate de El Naranjal, mi decisión estaba tomada: concentrar un dispositivo lo bastante numeroso como para poder desarrollar con todo éxito la

operación de cerco y la destrucción de refuerzos que habíamos concebido. Como parte de la preparación del cerco, mandé a buscar ese día a Guillermo García, quien con su pelotón estaba posicionado desde antes en el camino de San Francisco, con el propósito de tapan la entrada al curso superior del río Yara desde El Cacao o El Verraco. Después de la contención del enemigo en Santo Domingo, era muy improbable que en esa dirección fuese a surgir una amenaza de consideración. Guillermo llegó a La Plata el 7 de julio, el mismo día del Combate de Meriño, y partió hacia la zona de Jigüe el día 8, luego de recibir detalladas instrucciones mías.

Este personal hizo dos cosas al llegar a Jigüe, después de una dura caminata por el firme de Manacas para rodear el campamento enemigo. La primera fue explorar toda la zona para conocer en detalle las posiciones que ocupaban los guardias y las medidas defensivas que habían tomado. La segunda, llenar de trincheras toda la falda del firme de Manacas, de cara al campamento enemigo, y la del firme de Cahuara.

Otra medida de reforzamiento del dispositivo rebelde en Jigüe fue el traslado de la ametralladora 50 de Curuneaux hacia la posición de Paz, quien se había mantenido en El Naranjal después del combate, en espera de nueva ubicación. Curuneaux, como se verá en el capítulo siguiente, había participado el día 8 en el Combate de Meriño.

Yo había decidido ocuparme personalmente de la dirección general de toda la operación de Jigüe, teniendo

en cuenta su carácter complejo y la significación decisiva que pudiera tener una victoria rebelde contundente en el desenlace, no solo de la ofensiva enemiga, sino también, en el desarrollo ulterior de toda la guerra. Esto no quería decir que carecíamos de jefes capaces de hacerlo. No tenía la menor duda de que Camilo o el Che, por mencionarlos solamente a ellos dos, tenían capacidad sobrada. Pero a mi juicio, la consideración principal era que el jefe que dirigiera la operación debía tener la mayor autoridad sobre un grupo numeroso de capitanes, a quienes durante los próximos días se les exigiría el máximo, y debían, a su vez, exigir el máximo a sus hombres.

Tal decisión suponía mi traslado físico al teatro de operaciones durante todo el tiempo que durase la batalla, y mi dedicación casi completa a su desarrollo. Para ello tenía que resolver el mando de los otros dos sectores del frente, en cada uno de los cuales todavía estaban planteadas amenazas concretas.

En el caso del sector de Santo Domingo, la presencia de Sánchez Mosquera seguía siendo un elemento a tener en cuenta. Yo estaba seguro de que aún el sanguinario jefe enemigo no había hecho su última movida en el intento de alcanzar el firme de la Maestra en la zona de La Plata. De enfrentar esa amenaza quedaría encargado Camilo, a quien de hecho ya había convertido en jefe de todo el sector desde mi traslado a la operación de Meriño, la noche del 3 de julio.

En el caso del sector noroccidental, continuaría el Che organizando la defensa del territorio rebelde en los alrededores de Minas de Frío y las Vegas de Jibacoa, como lo había estado haciendo generalmente hasta entonces. Aquí la amenaza estaba planteada, en primer lugar, por la presencia del fuerte contingente enemigo en San Lorenzo y la posibilidad de que intentara el asalto al firme de la Maestra en la zona de Minas de Frío; en segundo lugar, por la continua ocupación de las Vegas de Jibacoa por el Batallón 19 y el peligro de que esa tropa pudiese forzar el acceso a la Maestra por la zona de Mompié o de las propias Minas. Sin embargo, contar con estos dos lugartenientes me ofrecía confianza más que suficiente para poder ocuparme de la operación de Jigüe, y dejar en sus respectivas manos el cuidado de tan importantes accesos al corazón del territorio rebelde.

Estábamos convencidos de que la rendición de un batallón completo y la destrucción de los importantes refuerzos que, sin duda, enviaría el mando enemigo en auxilio de la tropa sitiada, serían golpes demoledores para la tiranía, tanto en el orden moral como en el material. Ciertamente, ya habíamos logrado detener el empuje enemigo y la iniciativa había pasado en la práctica a nuestras manos. Pero no podía, ni con mucho, decirse en ese momento que la ofensiva ya había sido derrotada. Lo sería a partir del momento en que el batallón que pensábamos cercar en Jigüe se rindiera.

Si fuéramos a dividir en etapas los setenta y tantos días que duró la ofensiva enemiga, tendríamos que señalar un primer momento de desarrollo de dicha ofensiva, en el que la iniciativa correspondió totalmente al enemigo, enmarcado entre el 25 de mayo y el 28 de junio, es decir, entre el comienzo de la operación de la toma de Las Mercedes y el inicio de la primera Batalla de Santo Domingo, con el Combate de Pueblo Nuevo. A partir de este momento se abrió una segunda etapa que pudiera caracterizarse como de contención de la ofensiva, en la cual el enemigo recibió los primeros reveses de consideración, y se le inmovilizó o impidió avanzar en dos de los tres sectores. La única excepción era la entrada de los guardias en Meriño, pero el resultado de esa maniobra fue tan desastroso para el enemigo que la excepción no basta para invalidar la regla. Esta etapa se prolongó tal vez hasta el 11 de julio, fecha en que comenzó la Batalla de Jigüe, a partir de la cual se inició la etapa que pudiera denominarse de contraofensiva rebelde, durante la cual la iniciativa nos perteneció por entero. Hay también una excepción: la ocupación de Minas de Frío por el enemigo el 15 de julio, pero tampoco fue suficiente para impedir la caracterización de este momento.



Concluida con un resultado bastante favorable la operación de Meriño, regresé de Minas de Frío a Mompié, y en la noche del 9 de julio me trasladé al alto de Cahuara, encima del campamento enemigo en Jigüe, adonde llegué al amanecer del día siguiente. Había decidido establecer en este lugar mi puesto de mando mientras durase la operación contra el Batallón 18 y los refuerzos, lo cual significaba regresar a la etapa seminómada de la guerrilla, con campamentos en el monte. No era posible dirigir una operación de esa envergadura por control remoto, era vital hacerlo desde la misma línea de combate.

Antes de salir de las Minas, me reuní con Lalo Sardiñas y Andrés Cuevas, y les expliqué en detalle la misión que debían cumplir. En su caso debían formar en Purialón la línea principal de contención y rechazo de los refuerzos que vinieran desde la playa en apoyo de la tropa que cercaríamos en Jigüe. A estos dos capitanes les correspondería la tarea más importante en toda la operación planificada. El arrojo y la capacidad combativa que habían demostrado en las semanas anteriores justificaban plenamente la confianza que depositábamos en ellos y en los hombres bajo sus órdenes directas.

El esquema táctico se completaba con la misión que tendría Ramón Paz, a quien pensaba darle la tarea de ubicarse también en la zona de Purialón, con el objetivo de copar por la retaguardia a los refuerzos, una vez que chocaran con la emboscada de Cuevas y Lalo. La idea sería no solamente detener y rechazar al refuerzo, sino destruirlo.

La selección de Paz para esta misión era también obvia. Este capitán había probado, primero en La Caridad y luego en el Combate de El Naranjal, su inteligencia, iniciativa y decisión, condiciones que lo convertían en el jefe idóneo para esta parte de la operación, que requería esas cualidades de quien fuera a ejecutarla.

Para ello era preciso instruir a Paz, quien aún estaba ubicado en El Naranjal. Por eso, lo primero que hice al llegar al alto de Cahuara, después de conocer por Podio y Fiallo la situación de las fuerzas enemigas y las posiciones ocupadas por sus hombres, fue avisar a Paz que iría a verlo para coordinar con él las ideas del plan, y pedirle que saliera a mi encuentro por el camino del hospital de Martínez Páez para que me diera tiempo a reunirme con él, y regresar esa misma noche a Cahuara. Esto último era crucial para mí, ya que el plan debía comenzar a ejecutarse en la mañana del viernes 11 de julio, y yo quería estar en mi puesto en ese momento.

Junto con ese aviso, le pedí a Paz que despachara de inmediato, sin esperar por mi llegada al encuentro con él, la ametralladora 50 de Curuneaux con su escuadra de apoyo. Esta era otra pieza clave del plan, pues debía formar parte esencial del dispositivo de cerco de la tropa enemiga acampada en Jigüe. Otros elementos de ese dispositivo serían, en un primer momento, las escuadras de Fiallo y Podio, redistribuidas en la falda del firme de Cahuara, inmediatamente al oeste y noroeste del campamento de

los guardias; la pequeña escuadra de Arturo Pérez, que llevaba varios días posicionada en la subida hacia el alto de El Pino, al norte de la posición enemiga; y el personal de Hugo del Río que estaba junto a Paz en El Naranjal, tendrían que ocupar posiciones en un pequeño firme al nordeste del campamento del Batallón 18, en dirección hacia El Naranjal. Este sería el personal destinado inicialmente al cerco, que se iría completando y reforzando en la medida de lo necesario.

Después del mediodía del jueves 10 de julio emprendí la marcha desde el alto de Cahuara a encontrarme con Paz. El camino se hacía más largo y difícil a causa del rodeo que era preciso dar por toda la loma de Jigüe para evadir el campamento enemigo y poder salir al otro lado. Al poco rato de estar caminando se sintió el ruido característico de la explosión de una de nuestras minas, relativamente cerca del lugar por donde iba cruzando el pequeño grupo que me acompañaba, seguido de un breve pero intenso tiroteo. Tomamos de inmediato las precauciones debidas y esperamos tensos durante los minutos que duraron los tiros. Al cesar toda actividad enviamos a uno de nuestros compañeros a explorar los alrededores, y regresó con la noticia de que no se veía nada, entonces decidimos continuar la marcha.

Cuando nos topamos con el personal de la escuadra de Arturo Pérez supimos la causa del tiroteo. Resulta que una patrulla enemiga que subía por el firme, en dirección

al alto de El Pino, tropezó por sorpresa con la posición rebelde. El Vaquerito, que después de haber terminado su trabajo de ayuda a Celia en las Vegas de Jibacoa había solicitado ser enviado a la línea de combate, y lo habíamos asignado a esta escuadra, decidió estallar una mina sin grandes esperanzas de causar daño a los guardias, sino para amedrentarlos y ahuyentarlos. Se logró hasta cierto punto el efecto, pues el enemigo dio vuelta y emprendió una veloz carrera loma abajo, mientras que nuestros hombres abrían fuego indiscriminado y se lanzaban a su vez, en carrera veloz, loma arriba. El resultado fue una posición delatada, una mina desperdiciada y varias decenas de balas gastadas inútilmente.

Días después, por los informes de algunos de los guardias capturados, supimos que no se trataba ni siquiera de una patrulla, sino de tres o cuatro guardias que salieron a acompañar hasta su casa en el alto de El Pino al práctico de su tropa, un campesino llamado Isidro Fonseca. Confirmé, entonces, mi apreciación inicial de que si la posición rebelde hubiese estado debidamente protegida por la observación, y si se hubiese actuado con serenidad y decisión al producirse el encuentro sorpresivo, habría sido posible capturar allí a esos guardias, lo cual significaría la posibilidad de contar con una apreciable fuente de información sobre la composición y los planes de la fuerza enemiga que nos proponíamos hostigar a partir del día siguiente.

Este incidente cerca del alto de El Pino fue sobredimensionado en un primer momento. Al producirse el encuentro con los guardias y antes de mi llegada al lugar, Arturo Pérez envió un mensaje alarmista e inexacto en el que daba a entender que un contingente enemigo importante iba subiendo en dirección al alto de El Pino, y que sus hombres se habían visto obligados a retirarse. De ser cierta esta noticia, quería decir que los guardias habían intentado un movimiento sorpresivo destinado a ocupar el estratégico alto de El Pino, que dominaba la posición del enemigo en Jigüe, o quizás con el fin de rodear la emboscada de El Naranjal y seguir hacia las cabezadas del río La Plata y el firme de la Maestra. En cualquiera de los dos casos, la retirada de la escuadra que protegía esa dirección dejaba abierto el camino al enemigo, y se podía crear una situación muy peligrosa.

Por suerte llegué al lugar casi inmediatamente después del incidente, y pude percatarme de que lo informado por Arturo Pérez no obedecía a la realidad. Pero a este primer mensaje se añadía poco después la información también fantásica de que los guardias no solo habían rebasado la posición rebelde en la subida de El Pino, sino que, además, habían alcanzado la zona de Mayajigüe, del otro lado del macizo, con lo cual podrían amenazar la retaguardia de nuestras posiciones en El Naranjal y la propia zona de La Plata. El Che recibió las dos informaciones y también se dio cuenta de que no resultaban muy

coherentes. No obstante, de manera preventiva instruyó por teléfono a Camilo en La Plata para que enviara un refuerzo a cubrir el camino del hospital.

Una vez que nos dimos cuenta sin duda alguna de lo que había ocurrido tomé la decisión allí mismo de desarmar a Arturo Pérez y entregar el mando de la escuadra a El Vaquerito, con la indicación de que debía ahora ocupar nuevas posiciones más cerca aún del campamento enemigo.

A todas estas, ninguno de mis dos lugartenientes principales sabía que yo estaba al corriente de lo acontecido. Por el contrario, como conocían de mi proyecto de trasladarme ese día al encuentro con Paz, les preocupó el hecho de que no estaba ubicado, y que andaba precisamente por la zona donde se decía que había ocurrido el combate, con el consiguiente riesgo de ser sorprendido por los mismos guardias que, se suponía, habían asaltado el alto de El Pino. Pero ya, en las primeras horas de la noche, todo quedó aclarado, y por la madrugada mandé de vuelta a donde estaba Camilo al refuerzo enviado por él.

Durante esa noche también quedó armada la trama para el comienzo —al día siguiente— de la operación contra la tropa enemiga de Jigüe. Ya expliqué la disposición de la línea organizada en Purialón para esperar y rechazar a los refuerzos que vinieran de la playa, así como las escasas fuerzas rebeldes que se ocuparían en una primera fase de mantener el hostigamiento sobre

los guardias sitiados. Un grupo de estos hombres avanzaría en la noche sobre las posiciones enemigas, y se acercaría al campamento lo suficiente como para abrir fuego al amanecer sobre los guardias.

La intención de esta primera escaramuza sería causar entre el enemigo algunas bajas, lo que obligaría al jefe del batallón a evacuarlos hacia la playa; ocasión que aprovecharía Guillermo, quien estaría posicionado sobre el río en espera de la columna de guardias que bajase desde Jigüe, para asestarles el primer golpe de consideración. Así, según el plan, comenzaría la batalla, para la cual todo había quedado dispuesto en la madrugada del 11 de julio.